

“panorama vivo” está enfocado con naturalidad y dentro de los límites justos; y dentro de esa norma, el desarrollo de la acción nos deja siempre la impresión de la cosa cabalmente lograda. En sólo uno de ellos nos parece que al autor se le fué la mirada un poco más allá del concertado límite; nos referimos a la picaresca historia —en el fondo más dramática que picaresca— de ese perro cazador sacrificado por *censurar* implícitamente los arrebatos eróticos del amo, la cual historia debió, a nuestro juicio, terminar ahí, en la misma línea y lugar en que el perro muere. Lo demás está de más (Chocolate; pág. 81). En cambio, ¡qué gran final, hermoso, encontrado, verosímil dentro de su dramática irrealidad, el del cuento, siguiente, La Resurrección! Todo, en este cuento, todo lo sobrenatural que acaece en él, acaece de tal manera que parece natural; incluso, sentimos vagar por su clima de brujería una evaporada gotita de humorismo.

De un humorismo que se condensa y hace rebrillar plenamente sus quilates en El Hombre Desnudo (pág. 187). Un humorismo cuasi-subjetivo, juguetón y poéticamente desdibujado, como la apacible vislumbre de la luna que hechiza el ambiente del relato. Junto a los tres cuentos citados, hemos de alabar, por la sencilla dramaticidad de su realismo, el titulado La Cabra de Angora, que cierra dignamente el volumen.

Un hermoso libro, insistimos.

<https://doi.org/10.29393/At324-28PAGK10028>

“PRIMAVERA DE ANTAÑO”, poemas y romances, por *Samuel A. Lillo*, Editorial Universitaria

Si la poesía fuese una cosa definible, seguro es que, apagados los veleidosos entusiasmos de la juventud, dejaríamos de rendirle el culto de nuestros versos. Pero, es el espíritu del hombre (otra

cosa indefinible) el que corre incansablemente tras ella, ajeno al peso de los años...

Y también se podría decir que los recuerdos son una especie de segunda vida; una vida que vuelve hacia el pasado, y se amplía y se hace cada vez más densa a medida que la otra va adelgazando paulatinamente sus látidos. También esto es afán de poesía. Persistente afán de poesía, que ha puesto su comprobación y espiritual significado en este nuevo libro de don Samuel A. Lillo.

Henchidos de nostalgia, perfumados de melancolía, los versos de "Primaveras de Antaño" miran desde la fatigada cumbre los caminos en el tiempo recorridos. En ellos han quedado pedazos trunco de la vida del autor, que ahora los recuerdos integran a una nueva vida. A la vida del espíritu. Así son la mayoría de los poemas de este volumen: "En la caleta", "Romance de la ocasión", "Abejita", "Romance de niños", entre otros. En ellos, la evocación cristaliza el momento pasado, el que ha de quedar viviendo, sin la tibia sangre de las venas, es cierto; pero sí con la sangre incorpórea que les infunde el soplo divino del pensamiento. Son hermosas poesías que a su fondo de romanticismo le añaden la lozana y viril expresión latente en el cantor de tantos versos clásicos.

Y no sólo a las cosas recónditas del pasado panorama vuelve los ojos de sus pensamientos y de sus sentimientos el autor de "Primaveras de Antaño"; también reviven en su verso detalles y motivos de su lejana tierra sureña, desde el liviano trazo pictórico hasta la dulce evocación meditativa; y entre éstos sobresale ese entonado canto con delicadezas de madrigal: "Afrodita vencedora".

Que el tiempo preserve aún largamente la pluma que le ha dada a la literatura chilena, tanto fecundo libro, desde las vigorosas "Canciones de Arauco", hasta estas delicadas "Primaveras de Antaño".—GUILLERMO KOENENKAMPF.